

C. W. LEADBEATER

ACERCA
DE LA
MUERTE

Un aporte de la
SOCIEDAD TEOSOFICA COLOMBIANA
al progreso humano

FRATERNIDAD ROSA - CRUZ
DE COLOMBIA
BIBLIOTECA - BOGOTÁ

ACERCA DE LA MUERTE

Te arrebató la muerte, oh hermano lector, un ser a quien amabas entrañablemente y que tal vez era todo cuanto para tí había en la tierra, por lo que te parece vacío el mundo e inútil la vida. ¿Te dejó para siempre la alegría y la existencia sólo puede serte de aquí en adelante desesperada tristeza, "doloroso anhelo de estrechar una mano desvanecida y oír el sonido de una voz apagada"? Piensas principalmente en tí y en tu intolerable pérdida; pero también hay otro afligido. Agrava tu pena la incertidumbre de la situación en que se halla tu amado, pues sabes que se fué pero no a dónde. Confías ardentemente en que es feliz; pero cuando levantas los ojos lo ves todo vacío; y cuando llamas nadie responde, por lo que la duda y la desesperación te sobrecogen y forman una nube que oculta de tu vista al sol sin ocaso. Muy natural es tu sentimiento, lo comprendo perfectamente, y mi corazón se llena de simpatía por los afligidos como tú. Sin embargo espero hacer algo más que simpatizar contigo y confío darte la misma ayuda y consuelo que recibieron miles de otros en tan triste caso. ¿Por qué no habrías de recibirlo tú también?

Te preguntarás: ¿Cómo podrá haber consuelo o esperanza para mí?

Cabe esperar consuelo, porque tu tristeza procede del error de apenarte por lo que realmente no ha sucedido. Cuando comprendas los hechos cesará tu dolor.

Responderás: "Mi pérdida es un hecho. ¿Quién podrá auxiliarme a menos que me devuelva al ser amado?"

Comprendo perfectamente tus sentimientos; pero escúchame un rato y procura abarcar las tres proposiciones capitales que te voy a exponer, primero en líneas generales de afirmación y después en convincentes pormenores.

Las tres proposiciones son:

1. Tu pérdida es tan sólo un hecho aparente. Es preciso que te situes en otro punto distinto. Tu sufrimiento es el resultado de la ignorancia de las leyes naturales. Por lo tanto, permite que te guíe por el camino del conocimiento, exponiéndote unas cuantas verdades sencillas que más adelante podrás estudiar a tu comodidad.
2. Apacigua tu abatimiento, desasosiego e incertidumbre respecto a la situación de tu amado, porque ya no es un misterio el más allá de la muerte. El mundo de ultratumba se rige por las mismas leyes que gobiernan el que conocemos, y ha sido explorado y examinado con exactitud científica.
3. No debes afligirte porque tu desconsuelo perjudica a tu amado. Si abres tu mente a la verdad dejarás de sufrir.

Acaso digas que todo esto no es más que afirmaciones; ¿pero qué fundamento tienen tus actuales creencias cualesquiera que sean? ¿Las mantienes porque te las enseñó alguna iglesia o las hallas en el texto de algún libro sagrado, o porque es creencia general de las gentes y la común opinión de la época? Pero si limpiaras tu mente de prejuicios verías que esta opinión también se apoya en meras afirmaciones, pues las iglesias enseñan diversas doctrinas y los textos sagrados se interpretan según muy opuestos criterios. La común opinión de la época no se fundó en conocimientos definidos, sino que tan solo es rumor de palabras dichas al oído; y un asunto que tan de cerca y profundamente nos atañe es demasiado importante para dejarlo en mera suposición o vaga creencia, por lo que requiere las seguridades de la investigación y cálculos científicos. Se ha realizado esta investigación y este cómputo cuyos resultados voy a exponer.

No exijo fe ciega, porque afirmo lo que sé por experiencia y te invito a examinarlos. Analicemos una tras otra las tres proposiciones. Para mayor esclarecimiento del asunto conviene decir acerca de la constitución del hombre algo más de lo que saben quienes no lo han estudiado debidamente. Se dice que el hombre posee un principio inmortal, llamado alma, que sobrevive a la muerte del cuerpo; pero esto es muy vago y conviene desechar esta vaguedad para comprender que aunque esta afirmación fuese verdadera, resulta una transposición de la

realidad, pues nadie ha de decir: Creo que tengo alma, sino: Sé que soy un alma. Porque en verdad el hombre es un alma que tiene un cuerpo. El cuerpo no es el hombre, sino la vestidura del hombre. La llamada muerte es como el desecho de un traje usado y no acaba con el hombre, como tampoco deja éste de ser quien es cuando se quita el abrigo. Por lo tanto nadie pierde al ser amado, sino que sólo pierde de vista la envoltura en que estaba acostumbrado a verlo. Se ha desvanecido la envoltura pero no el ser humano que la llevaba, y seguramente lo que amamos es el ser y no la vestidura.

Antes de comprender la situación del ser amado hemos de comprender la propia. Hemos de convencernos de que somos un ser inmortal de esencia divina, una chispa del fuego de Dios, que ha vivido durante siglos antes de envolverse en esta vestidura llamada cuerpo y que vivirá innumerables edades después de reducido éste a polvo.

"Dios creó al hombre para que fuese imagen de su eternidad". Esto no es conjetura ni creencia piadosa, sino un definido hecho científico susceptible de prueba, según inferirá de las obras publicadas sobre el asunto quien se tome el trabajo de leerlas.

Lo que a la mayor parte de los hombres les parece toda la vida es tan sólo un día de la verdadera vida del alma, y lo mismo sucede con los muertos queridos, que no han muerto sino que han perdido el cuerpo.

Sin embargo, no por esto pensemos de él como un mero aliento sin cuerpo, ni como menos de lo que antes era, pues según dijo San Pablo hace siglos: "Hay cuerpos terrenales y cuerpos celestiales". Pero las gentes creen que estos cuerpos son sucesivos, sin advertir que aun ahora poseemos simultáneamente unos y otros. Todos tenemos un cuerpo terrenal o cuerpo físico visible y tangible y otro cuerpo interno, invisible para los más, que San Pablo denominó "celestial". Al perder el cuerpo físico subsistimos en otro vehículo más sutil, en el cuerpo "celestial". Si comparamos el cuerpo físico con una capa o gabán, resultará el cuerpo sutil comparable a la ropa interior que se lleva debajo del traje.

Una vez aclarada esta idea demos otro paso adelante. No tan sólo al llegar la llamada muerte nos desprendemos de esta envoltura de materia densa, sino que cada noche durante el sueño nos deslizamos de ella por un rato y actuamos en el cuerpo sutil, invisible por lo que respecta a este mundo denso, pero claramente visible para cuantos actúan en sus cuerpos sutiles. **Porque cada cuerpo ve tan solo aquello que está en su mismo nivel.** El cuerpo físico sólo ve los demás cuerpos físicos y el cuerpo sutil no ve más que los otros cuerpos sutiles. Al volvernos a poner el gabán, es decir, al restituimos al cuerpo denso y regresar a este mundo denso, sucede que conservamos algún recuerdo, aunque muy desviado, de lo visto en otra situación y lo llamamos sueño vívido.

Por lo tanto podemos decir que el sueño es una especie de muerte temporánea, con la única diferencia de que no desechamos nuestra envoltura hasta el extremo de no podérsela poner otra vez. De esto se infiere que durante el sueño estamos en las mismas condiciones que el muerto querido. Expliquemos ahora esta condición.

Muchas opiniones circulan acerca del más allá de la muerte, en su mayor parte apoyadas en erróneas interpretaciones de las antiguas Escrituras. Hubo tiempo en que toda Europa aceptaba el horrible dogma de la condenación eterna en que ya sólo creen las gentes de ignorancia crasa. Derivaba esta creencia de la tergiversación de unas palabras atribuidas a Cristo y la mantuvieron los monjes medievales como un terrorífico espantajo para que los ignorantes obraran bien. Según fue progresando la civilización mundial se dieron los hombres cuenta de que semejante dogma no sólo era blasfemo, sino ridículo. Los teólogos modernos lo han sustituido por sugerencias más saludables, pero muy vagas y distanciadísimas de la verdad sencilla. Algunas iglesias han complicado sus doctrinas porque se empeñan en partir del deleznable y absurdo dogma de un Dios iracundo, ansioso de atormentar a sus criaturas. Tomaron esta espantosa doctrina del primitivo judaísmo, en vez de aceptar las enseñanzas de Cristo sobre la amorosa paternidad de Dios. Quienes ya se han percatado de que Dios es amor que gobierna el universo con sabias leyes eternas, echan

de ver que estas leyes han de regir en el mundo del más allá como rigen en éste.

Pero todavía son vagas las creencias. Se nos habla de un lejanísimo cielo y de un día de juicio en remoto porvenir, sin apenas decirnos nada de lo que ocurre aquí y ahora. Los mismos catequistas confiesan su falta de experiencia personal de las condiciones anteriores a la muerte y nos enseñan no lo que por sí mismos saben, sino lo que de otros oyeron. ¿Cómo ha de satisfacernos esto?

La verdad es que pasaron los días de la fe ciega; ha llegado la era del conocimiento científico y ya no cabe aceptar ideas refidas con el buen juicio y el sentido común. Deben aplicarse los métodos científicos a la dilucidación del problema cuyo estudio monopolizó en tiempos antiguos la religión; y en efecto la Sociedad Teosófica y la Sociedad de Investigaciones Psíquicas han aplicado estos métodos cuyos resultados expondré sucintamente.

Somos espíritus que vivimos en un mundo material que sólo conocemos parcialmente por medio de sentidos no muy perfectos. Vemos los cuerpos sólidos y, por lo general, los líquidos, si no son del todo diáfanos; pero la mayor parte de los gases son invisibles para nosotros. La investigación demuestra que hay otro estado de materia mucho más sutil que el más tenue gas, pero inaccesible a nuestros sentidos físicos, de suerte que nada podemos inquirir en este punto por medios físicos.

Sin embargo, podemos ponernos en contacto con dichos estados de materia e investigarlos tan sólo valiéndonos del "cuerpo celestial" al cual nos referimos, porque tiene sus órganos de percepción como los tiene el físico, y aunque la mayor parte de las gentes no sepa todavía usarlos, todo hombre es capaz de adquirir este poder. Sabemos que algunos lo han logrado y son capaces de ver muchas cosas ocultas a la vista de la generalidad de los hombres, aprendiendo con ello que este nuestro mundo es mucho más admirable de cuanto podríamos suponer, y aunque en él viven los hombres desde hace miles de años, la mayoría desconoce la superior y más hermosa parte de su vida. Las investigaciones a que ya me referí están dando maravillosos resultados y nos abren cada día nuevos horizontes. Esta información puede adquirirse de la literatura teosófica; pero aquí nos ocupamos tan sólo de los nuevos conocimientos referentes a la vida del más allá y sus condiciones.

En primer lugar aprendemos que la muerte no es el fin de la vida, como ignorantemente creen muchísimos, sino tan sólo el tránsito de una a otra etapa de vida. Ya declaré que la muerte es el abandono de la envoltura exterior y que el hombre subsiste revestido de la envoltura interior o sea el "cuerpo celestial", según lo llamó San Pablo a causa de su mayor sutileza. Sin embargo todavía es "cuerpo" y por lo tanto "material", aunque su materia componente sea muchísimo más tenue que todos los estados en que la conocemos.

El cuerpo físico sirve al espíritu de medio de comunicación con el mundo físico y sin él no podría actuar en este mundo ni recibir sus impresiones. De la propia suerte el cuerpo sutil sirve de medio de comunicación con el mundo sutil, que no es algo vago, lejano e inasequible, sino sencillamente la parte superior del mundo que ahora habitamos. No niego en modo alguno que hay mundos mucho más elevados, pero el fenómeno llamado muerte nada tiene que ver con esos mundos y se limita al tránsito de una condición a otra en el mundo con el que estamos familiarizados. Después de la muerte el ser humano continúa su vida en un cuerpo más sutil, imperceptible a la vista ordinaria, pero no por ello inaccesible a nuestro contacto. Durante el tiempo que la persona está "viva", lo que veíamos no era al **verdadero hombre** sino tan sólo el cuerpo que habitaba.

Lo primero de que hemos de convencernos es que los llamados muertos no se han ido lejos de nosotros. Nos educaron en la creencia de que la muerte es un hecho aislado y prodigioso y que al separarse el alma del cuerpo entra en un cielo situado más allá de las estrellas, sin decirnos cómo recorre las enormes distancias del espacio. Los procedimientos de la naturaleza son ciertamente admirables y en su mayor parte incomprensibles; pero nunca chocan con la razón ni el sentido común. Al entrar de visita en una casa y quitarnos el abrigo no volamos de repente a la cumbre de una montaña, sino que seguimos en el mismo sitio aunque sea distinto

nuestro aspecto exterior. De la propia suerte, cuando el hombre desecha su cuerpo físico queda esencialmente lo mismo que antes, y si no le seguimos viendo no es porque se haya ido lejos, sino porque el cuerpo que ahora le reviste es invisible a nuestros ojos físicos.

Fácil es advertir que la vista normal del hombre sólo abarca un corto número de las vibraciones luminicas de la naturaleza, y por lo tanto no podemos ver más sustancias que las que vibran en la escala visual del ojo humano.

La vista del cuerpo sutil también es capaz de percibir las vibraciones luminicas, pero éstas son de clase enteramente distinta porque emanan de un tipo de materia muchísimo más sutil.

Pero de momento nos importa saber que por medio del cuerpo físico podemos ver y tocar tan sólo el mundo físico, mientras que el cuerpo sutil nos permite relacionarnos con el mundo sutil, es decir, no otro mundo sino la parte más refinada de este nuestro mundo.

Repito que hay otros mundos; pero no vamos a tratar de ellos ahora. El ser a quien llamamos muerto sigue todavía con nosotros, aunque cuando estamos lado a lado, él en su cuerpo sutil y nosotros en el físico, no advertimos su presencia porque no le vemos; pero cuando durante el sueño dejamos el cuerpo físico nos relacionamos con el fallecido tan plena y conscientemente como acostumbrábamos

en vida. Así es que durante el sueño disfrutamos de la feliz compañía de los seres queridos que han fallecido y tan sólo en las horas de vigilia sentimos la separación.

Desgraciadamente en la mayoría de los hombres la conciencia del cuerpo sutil está separada por un abismo de la conciencia del físico; y así, aunque mientras actuamos en el primero podemos recordar la actuación en el segundo, no sucede lo mismo a la inversa, pues la generalidad de las gentes son incapaces de transferir al estado de vigilia la memoria de la actuación del alma en sueños. Si esta memoria fuese perfecta ya no sufriríamos el impacto de la "muerte".

Algunos hombres han logrado ya esta continuidad de conciencia y todos pueden gradualmente adquirirla porque es parte del desenvolvimiento natural de las facultades anímicas. Quienes ya comenzaron este desenvolvimiento transfieren recuerdos fragmentarios, que por lo general no estiman en su valor los que ignoran lo que realmente son los sueños.

Pero aun cuando sólo unos cuantos tengan vista clara y memoria completa, muchos han sido capaces de sentir la presencia de los seres queridos ya fallecidos aun sin verlos; y otros hay que no obstante su deficiente memoria despiertan del sueño con un sentimiento de placidez y felicidad resultante de lo que les ha sucedido en el mundo superior.

Al referirnos al mundo "inferior" aludimos al físico, perceptible a los sentidos, y al decir "superior" aludimos a niveles sutiles que contienen al físico. Al entregarnos al sueño nuestra conciencia entra a actuar en los niveles sutiles o mundo superior, en donde están conscientes los que han fallecido. En aquella conciencia recordamos perfectamente lo sucedido en el mundo físico, porque a medida que pasamos de ésta a aquella al sumirnos en el sueño estamos desechando un impedimento: el cuerpo físico o inferior; más al retornar del sueño asumimos de nuevo esta coraza y, al asumirla, se nos velan de nuevo las facultades superiores y olvidamos parcial o totalmente las vivencias que tuvimos en el sueño. De esto se infiere que cuando deseemos comunicar algo al fallecido, nos bastará formularlo con toda claridad en nuestra mente antes de dormirnos, con la resolución de decírselo en cuanto lo encontremos.

Otras veces anhelamos consultarle algún asunto y en esto tropezamos generalmente con la discontinuidad entre las conciencias superior e inferior que nos impide obtener clara respuesta. Pero aunque no logremos conservar recuerdos concretos, despertamos intensamente impresionados por sus consejos, de modo que podemos dar este impulso por verdadero. Al propio tiempo sólo hemos de consultarle lo más estrictamente preciso, porque, como después veremos, no conviene perturbar al fallecido en su mundo sutil con asuntos concernientes al estado de vida que acaba de **trasponer**.

Esto nos mueve a considerar la vida de los fallecidos, que ofrece multitud de variaciones, aunque casi siempre es más feliz que la terrena.

Dice una antigua Escritura: "las almas de los justos están en manos de Dios y no las alcanzará tormento. A los necios les parece que mueren y se figuran que su partida es infortunio y su apartamiento de nosotros total aniquilación; pero "están en paz".

Hemos de rechazar las anticuadas doctrinas que nos inculcaban de que al fallecer íbamos a un cielo imposible o a un todavía más imposible infierno. Pues no hay más infierno que el forjado por el mismo hombre.

Conviene comprender con toda claridad que la muerte no altera el carácter del hombre ni de repente lo convierte en santo o ángel, ni le infunde plena sabiduría, sino que sigue siendo el mismo hombre de la víspera de su fallecimiento, con las mismas emociones, la misma disposición y el mismo grado intelectual. No hay otra diferencia que el no tener cuerpo físico.

Reflexionando sobre el particular veremos que esto significa absoluta liberación de las contingencias de dolor y agobio y de todo tedioso deber, con entera libertad (acaso por primera vez en la vida) de hacer exactamente su gusto. En la vida física está el hombre de continuo sujeto a restricciones, y a no ser que pertenezca a la exigua minoría de quienes

cuentan con medios de vida independientes, se ve en la precisión de trabajar para atender a sus necesidades y a las de su familia. En pocos casos, como por ejemplo en el del pintor y el músico, el trabajo es gozo para el hombre; más por lo general son tareas a que de seguro no se dedicaría si no se viese compelido a ello.

En el mundo sutil de nada sirve el dinero ni son necesarios el alimento, el vestido, ni la habitación, porque su gloria y su belleza están a la gratuita disposición de todos sus moradores. Envuelto en el cuerpo sutil puede moverse el hombre a su albedrío, entre la delicada materia del mundo superior, y si gusta de las panorámicas bellezas forestales o marítimas puede visitar a su placer los más hermosos parajes de la tierra; si es amante del arte, puede contemplar a su sabor las obras maestras de los más insignes artistas del mundo; si es melómano, nadie le impedirá escuchar cuantos conciertos ejecuten las mejores orquestas o podrá deleitarse en la audición de los más hábiles instrumentistas. Queda entonces en la más completa libertad de disfrutar de lo que en la vida fue su deleite, su delicia, como suele decirse y gozarse plenamente en ello con tal de que el objeto de gozo sea únicamente mental o sentimental y para cuya satisfacción no se necesite el cuerpo físico. Así vemos que todo hombre honrado y sensato es incomparablemente más feliz después que antes de la muerte, porque

no sólo dispone de todo el tiempo para su descanso recreativo, sino que puede progresar considerablemente en el ramo de su predilección.

¿Pero, nadie es infeliz en este mundo sutil? Seguramente que sí, pues la vida en él es una consecuencia de la que se llevó en éste, y el hombre continúa siendo en todos los aspectos el mismo que era antes de desprenderse del cuerpo físico. Si sus gozos en la vida terrena fueron viles y groseros, se verá incapaz de satisfacer sus deseos en el mundo sutil.

Un beodo sufrirá inextinguible sed porque ya no dispondrá de cuerpo con que apagarla; el glotón perderá los placeres de la mesa; el avaro no podrá amasar caudales.

El que durante la vida terrena cedió a innobles pasiones, seguirá roído allí por ellas. El sensual palpitará de concupiscencias imposibles de satisfacer; el envidioso se consumirá de impotente envidia. Todas estas gentes sufrirán sin duda alguna, aunque sólo aquellos cuya lubricidad y pasiones fueron de índole grosera y terrenal. Sin embargo, aun éstos son dueños de su destino, pues con tal de vencer estas inclinaciones se librarán del sufrimiento que entrañan. Recordemos siempre que el castigo no es más ni menos que el natural resultado de una causa definida, por lo que basta extirpar la causa para que cese el efecto, si no inmediatamente, tan pronto como se agote la energía de la causa.

Hay otros que evitaron la caída en vicios degradantes, pero que vivieron mundanamente, cuidando tan sólo de las frivolidades y convencionalismos sociales, con el único pensamiento de divertirse. Estas gentes no tendrán pena muy viva en el mundo sutil; sin embargo será para ellos tedioso y aburrido como si el tiempo colgase pesadamente de sus manos, y aunque se reúnan con otras gentes de la misma clase no tendrán ocasión de ostentar lujos ni portar en atavíos, mientras que las personas del tipo mejor y más inteligentes con quienes desean relacionarse actúan por regla general de modo distinto y les son por consiguiente casi inaccesibles. Por el contrario el hombre de gustos intelectuales o artísticos se hallará muchísimo más feliz fuera de su cuerpo físico que en él, y conviene recordar que siempre puede el hombre fomentar durante la vida terrena algún interés, si tiene bastante juicio para proponérselo y lograrlo.

El artista y el intelectual son indeciblemente felices en la otra vida; pero a mi entender todavía lo son más quienes concentraron todo su interés en servir al prójimo y cuyo mayor deleite fue ayudar, socorrer y enseñar; pues en el mundo sutil ya no hay penuria, ni hambre, ni sed, ni frío, pero sí afligidos a quienes consolar e ignorantes a quienes instruir. Precisamente por el escaso conocimiento que del "mundo del más allá" se tiene en los países occidentales, hay en él muchos necesitados de enseñanza respecto a las condiciones y posibilidades de la nueva vida, por lo que quien la conoce puede

difundir entre los demás la esperanza y la alegría como ocurre en el mundo terrestre. Porque hemos de recordar siempre que los términos "allí y aquí" se emplean para suplir nuestra ceguera, ya que el mundo sutil está aquí, en nuestro inmediato alrededor y ni siquiera por un momento cabe suponerlo lejano o inaccesible.

Alguien se preguntará: ¿Nos ven los muertos?, ¿oyen lo que decimos? Indudablemente nos ven en el sentido de ser siempre conscientes de nuestra presencia y saben si somos dichosos o infortunados; pero no oyen lo que decimos ni conocen al pormenor nuestras acciones. Comprenderemos los límites de su visión al considerar que están revestidos del cuerpo sutil, cuyo aspecto exterior es exacta reproducción del físico, y que también los vivientes en la tierra poseemos dicho cuerpo sutil aunque en vigilia tengamos concentrada la conciencia en el físico.

Ya dijimos que así como el cuerpo físico sólo es capaz de percibir la materia física, así el cuerpo sutil sólo puede percibir la materia sutil. Por lo tanto, los fallecidos nos ven en el cuerpo sutil. Durante el sueño estamos despiertos en el otro mundo y nuestra conciencia se concentra en el cuerpo sutil; pero cuando la transferimos al físico, le parece al fallecido que nos dormimos, pues aunque nos sigue viendo no le hacemos caso ni somos capaces de relacionarnos con él. Cuando un viviente queda dormido nos percatamos sin duda de su presencia,

pero mientras duerme no podemos comunicarnos con él; tal es la situación del vivo en vigilia a los ojos del fallecido. La ilusión de que hemos perdido al ser amado proviene de no recordar en vigilia lo que vimos en sueños; y en cambio los fallecidos no padecen esta ilusión porque nos están viendo de continuo. La única diferencia consiste en que estamos con ellos durante la noche y separados durante el día, mientras que ocurría al revés cuando convivíamos en la tierra. Ahora bien, el cuerpo que San Pablo llama "celestial" y aquí hemos llamado sutil, recibe la más apropiada denominación de **cuerpo astral** o la todavía más exacta de **cuerpo emocional**, porque es el vehículo de nuestros sentimientos y emociones; y precisamente estos sentimientos y emociones es lo que con mayor claridad mostramos a los ojos del fallecido, que al instante advierte si estamos alegres o tristes, aunque no pueda descubrir la causa de nuestra alegría o tristeza. Desde luego que esto ocurre en nuestras horas de vigilia, pues mientras dormimos conversan con nosotros como antes en la tierra.

En el mundo físico podemos disimular nuestros sentimientos; en el mundo sutil es imposible disimularlos porque instantáneamente se muestran en visible cambio, así como también los pensamientos relacionados con nuestros sentimientos, aunque no se descubran todavía en dicho punto los pensamientos abstractos.

Seguramente dirá el lector que poco se parece todo esto al cielo y al infierno cuyas ideas nos inculcaron en la infancia; pero tal es la realidad subyacente en las alegorías de estos mitos. Aunque no existe el infierno según nos lo describe la leyenda, es fácil advertir que el beodo y el lascivo se están preparando un infierno no muy distinto del legendario, con la diferencia de no ser eterno, pues sólo dura hasta la extinción de los malos deseos y aun cabe limitar su duración si el hombre es lo bastante valeroso y prudente para dominarlos y sobreponerse a ellos. Esta es la verdad subyacente en el dogma católico del purgatorio, o sea que después de la muerte han de consumirse en sufrimiento las malas cualidades del fallecido, antes de gozar las bienaventuranzas celestes.

Hay después de la muerte un segundo y superior estado de vida que se corresponde muy cercanamente con el concepto racional del cielo. Se alcanza este nivel superior cuando ya se han consumido en absoluto todos los apetitos bajos y egoístas. Entonces pasa el hombre a una condición de éxtasis religioso o de elevada actividad intelectual, según la naturaleza y dirección que en vida siguieron sus energías. Este es para él un período de suprema dicha, de mucha mayor comprensión y más cercano a la realidad. Pero de esta dicha disfrutaremos todos y no exclusivamente los piadosos.

De ningún modo hemos de considerar la dicha celeste como recompensa, sino como inevitable resultado del carácter que el hombre fué formándose

durante la vida. El hombre henchido de afecto elevado e inegoísta o devoción, poderosa mentalidad intelectual o artística, tendrá por inevitable resultado de su desarrollo la felicidad celeste. Pero conviene advertir que todos estos estados son etapas de una misma vida, y que así como la conducta del hombre durante la juventud determina las condiciones de su edad madura y vejez, así también la conducta del hombre durante la vida terrena determina las condiciones en que ha de pasar por los estados de ultratumba. Preguntará el lector: ¿Es eterna esta felicidad? No; porque según queda dicho es resultado de la vida terrena y una causa finita no puede nunca producir un resultado infinito.

La vida del hombre es mucho más larga y amplia de lo que generalmente se cree. La chispa surgida de Dios, ha de volver a Dios y, sin embargo, estamos muy lejos de la perfección divina.

Toda vida evoluciona porque la evolución es ley de Dios, y el hombre evoluciona lenta y seguramente con los demás seres. La que llamamos vida humana sólo es en realidad un día de su verdadera vida. Así como en la vida terrena el hombre se levanta cada mañana, se viste y reanuda sus tareas cotidianas para, al llegar la noche, desnudarse

y dormir y volverse a levantar para proseguir su labor donde la dejara el día antes, así también cuando el hombre viene al mundo físico se pone las ropas del cuerpo carnal, y una vez concluida la jornada se quita el vestido en la llamada muerte y pasa a la más tranquila condición ya descrita; pero acabado el descanso vuelve a ponerse otra vez el atavío carnal y empieza un nuevo día de vida terrena reanudando su evolución en el punto en que la dejara. Esta prolongada vida dura hasta que el hombre alcanza la perfección que Dios le señaló.

Todo cuanto queda dicho, le parecerá extraño al que por vez primera lo lea; pero todo puede comprobarse y ha sido atestiguado muchas veces. (1)

Se suscitará la duda de si los fallecidos están o no ansiosos por la suerte de quienes dejaron en la tierra. Algunas veces les perturba esta ansiedad que demora su adelanto, por lo que hemos de evitar en lo posible darles ocasión para ello. El fallecido ha de quedar enteramente libre de toda preocupación sobre la vida pasada, de modo que pueda entregarse por completo a su nueva existencia.

Así es que cuantos en la tierra estuvieron bajo el cuidado y consejo del fallecido, deben ya pensar por sí mismos, pues de seguir dependiendo mentalmente de él estrecharían los lazos que le ligaban al

(1) Quien desee profundizar el asunto debe leer las obras publicadas sobre este tema.

mundo que abandonó. Por esto es siempre obra especialmente benéfica amparar a los huérfanos que un padre deja al morir, pues de esta manera no sólo beneficia a las criaturas, sino que además alivia a los padres fallecidos y les ayuda a seguir su camino.

Si en vida creyó el fallecido en absurdas doctrinas religiosas, sufrirá la incertidumbre respecto a su destino; pero por fortuna hay en el mundo sutil muchas entidades ocupadas en tranquilizar a quienes sufren esta clase de ilusiones, explicándoles razonadamente los hechos. No sólo se dedican a esta labor entidades ya fallecidas en la tierra, sino también muchos vivientes que aprovechan el sueño de su cuerpo físico para apaciguar el ánimo de cuantos gimen de inquietud, declarándoles la verdad en toda su belleza. El sufrimiento dimana de la ignorancia; al disipar la ignorancia se desvanece el sufrimiento.

Uno de los más tristes casos de pérdida aparente es cuando la muerte aflige a los padres junto a la cuna vacía del hijo. ¿Qué les sucede a los niños en el mundo sutil? De cuantos entran en él son tal vez los más felices y los que más satisfechos se hallan. Recordemos que no pierden a sus padres, hermanos y compañeros queridos, ni sienten la separación, porque siguen jugando con ellos durante el sueño. Pero tampoco durante la vigilia quedan solos, porque en el mundo sutil como en el físico, los niños

se juntan con los niños y juegan en aquellos Campos Elíseos henchidos de indecibles delicias. Sabemos que en la tierra gustan los niños de representar tal o cual personaje histórico o ser los protagonistas de toda clase de cuentos de hadas y relatos de aventuras. En la materia del mundo sutil los pensamientos toman forma visible y así el niño que se imagina ser tal o cual héroe tomará temporalmente su aspecto. Si anhela un castillo encantado su pensamiento lo levantará y si es su deseo mandar un ejército se aparecerá el ejército. Así los niños fallecidos están siempre gozosos y a menudo son bulliciosamente felices.

Los niños de distinta índole, cuyos pensamientos tienden más a asuntos religiosos, tampoco dejan de satisfacer sus anhelos. Porque los ángeles y santos no son piadosas fantasías de leyendas doradas, sino seres reales y gloriosos. Aun los que quisieran ver a Dios cara a cara no sufren desengaño, porque los instructores les enseñan cariñosamente que todas las formas son formas de Dios, pues por doquiera está Dios.

Los niños que gustan de ser útiles, de ayudar y consolar, tienen dilatado campo para tal ayuda y consuelo entre los ignorantes de aquel mundo sutil, y a medida que operan en sus propios campos, con sus mensajes de amor y compasión, aprenden la verdad de la antigua y hermosa enseñanza: "Porque todo cuanto hicisteis por uno de estos mis hermanos, conmigo lo hicisteis".

¿Y los niños de pecho, que son demasiado chiquitines para jugar? No os apesadumbréis por ellos, pues más de una madre fallecida está en espera de estrecharlos contra su pecho y acogerlos y amarlos como si fueran sus propios hijos. Generalmente estos pequeñuelos permanecen poco tiempo en el mundo sutil y vuelven a la tierra para renacer, en algunas ocasiones de los mismos padres. Acerca de los niños en la primera infancia inventaron los monjes medievales la horrorosa sugestión de que los niños fallecidos sin bautizar quedaban en eterna inconsciencia y perdidos para sus parientes y amigos; pero aunque el bautismo es un verdadero sacramento y tiene su utilidad, nadie afirmará con buen juicio que la omisión de una fórmula como ésta altere la eterna ley divina o convierta al Dios de amor en cruel tirano.

Hemos dicho que sólo es posible relacionarnos con los fallecidos si nos elevamos a su nivel durante el sueño. Este es el método normal y natural; pero hay también el anormal y artificioso método del mediumnismo por cuyo influjo vuelve a revestirse el fallecido, por un instante, de cuerpo carnal para hacerse visible a los ojos físicos. Los estudiantes de ocultismo rechazan este método, no sólo porque detienen al fallecido en el camino de su evolución, sino por el mucho margen que deja al fraude y a la superchería.

Hay casos en que los fallecidos vuelven espontáneamente a la tierra y se manifiestan de diversos

modos, sobre todo cuando necesitan que hagamos algo por ellos. En estos casos lo mejor es averiguar lo más pronto posible qué desean, y llevarlo a cabo con objeto de que sus mentes se restituyan al descanso.

Si hemos podido asimilar lo anterior comprendemos que por natural que parezca que sintamos aflicción por la muerte de nuestros parientes y amigos, es un error y un mal que debemos vencer. No hay necesidad de afligirnos por ellos puesto que han pasado a una vida infinitamente más amplia y feliz. Si nos afligimos por nuestra imaginada separación de ellos estamos en un error, porque en verdad no están separados, y nos portamos con egoísmo porque estamos pensando más en nuestra aparente pérdida que en el provecho inmenso y real de aquellos. Hemos de esforzarnos en ser enteramente inegoístas como ha de ser el verdadero amor.

Debemos pensar en ellos y no en nosotros; no en lo que nosotros deseamos o sentimos, sino en lo que mejor les convenga y más poderosamente les ayude a progresar.

Si nos afligimos, si cedemos a la melancolía y al desaliento, extenderemos una espesa nube que nos separará de ellos. Con sólo quererlo podemos aprovechar la fuerza que nos da el amor para ayudarlos en vez de entorpecerlos; pero esto requiere valor y abnegación. Hemos de olvidarnos de nosotros para servir con la mayor eficacia posible a nuestro ser querido fallecido. Todo pensamiento, toda emoción, todo sentimiento nacido de nosotros influye

en ellos, y así hemos de procurar que todos nuestros pensamientos realcen, auxilien, ennoblezcan y purifiquen.

Si acaso tuvieran alguna inquietud respecto de nosotros, mostrémoslos siempre jubilosos para darles la seguridad de que no necesitan conturbarse por nosotros. Si en vida no recibieron información verídica de la existencia ultraterrena, procuremos asimilarla nosotros para transmitírsela a ellos en nuestras horas de sueño. Puesto que nuestros pensamientos y sentimientos se reflejan tan fácilmente en los de ellos, cuidemos de que sean siempre alentadores.

"Si conocéis estas cosas, benditos seréis si las practicáis". Tratemos de comprender la unidad de todos los seres. Hay un solo Dios y todo es uno en El. Si logramos sentir la unidad del eterno Amor, ya no habrá aflicción porque comprenderemos que en vida y en muerte somos de Dios y que en Dios vivimos y nos movemos y tenemos nuestro ser, tanto en este mundo como en el otro.

La aflicción por los fallecidos denota ignorancia y falta de fe. Cuanto mayor sea nuestro conocimiento mayor también será nuestra confianza, porque sentiremos con perfecta certidumbre que nosotros y los que han fallecido estamos por igual en manos del perfecto Poder y de la perfecta Sabiduría, dirigidos por el perfecto Amor.

C. W. Leadbeater

AHORA, QUERIDO LECTOR

si usted se siente interesado en conocer más acerca de nuestros ideales y trabajo, estamos a sus órdenes en nuestra **SEDE EN BOGOTÁ**, Carrera 6ª número 56-40, Teléfono 493-123.

Los Domingos a las 10:00 y 11:15 a. m. tenemos allí **reuniones públicas** de una hora para estudiar algún aspecto interesante de nuestra filosofía.

Allí encontrará usted una cartelera con informes sobre los **diferentes grupos de estudio** que se reúnen los demás días de la semana.

También encontrará una **biblioteca** de consulta con más de 100 volúmenes, y una **librería** con obras que puede adquirir a precios módicos.

Todo esto está a su disposición sin ningún compromiso de su parte. Deseamos **servirle**.

Si usted reside en alguna de las ciudades mencionadas a continuación, puede obtener información sobre los días y sitios de reunión llamando a las personas y teléfonos indicados. Ellos tendrán mucho gusto en atenderlo.

En la página siguiente encontrará algunos datos resumidos sobre nuestra Sociedad y sus altos objetivos.

LA SOCIEDAD TEOSOFICA

es una organización mundial
con más de un siglo de existencia,
dedicada a la promoción de la
fraternidad humana sin distinciones,
al **estudio** comparativo de
la Religión, la Filosofía y la Ciencia,
y a **investigar**
leyes desconocidas de la Naturaleza
y las facultades latentes en los hombres,
a fin de que el hombre pueda **conocerse**
y comprender mejor su **papel** en el Universo.

La Sociedad Teosófica defiende
la completa **libertad individual**
para investigar y creer.

Su Sede Mundial está en Adyar, Madrás,
India,

y tiene Secciones Nacionales
en todos los países del mundo libre,
con Ramas en las principales ciudades.